

# EL PAPA FRANCISCO

Conversaciones con  
Jorge Bergoglio



SERGIO RUBIN  
FRANCESCA AMBROGETTI

**B**

KLING

## Annotation

\*Biografía autorizada del nuevo Papa Francisco I.\*

\*Pese a que conocer el desarrollo de una elección papal no es una tarea fácil porque está rodeada de un gran secreto, la prensa especializada coincidió en que el argentino Jorge Bergoglio, actual Sumo Pontífice, fue el cardenal más votado después de Joseph Ratzinger en la elección que consagró al purpurado alemán como Benedicto XVI. \*

\*Nunca antes un latinoamericano había cosechado tanta cantidad de votos en un cónclave y constituido en una figura tan descollante de la Iglesia católica en la región y en el mundo. \*

\*Sin embargo, aspectos de su personalidad y aun de su pensamiento son en buena medida desconocidos por la sociedad. Hasta podría decirse que su figura está rodeada de cierto hálito de misterio. \*

\*En base a una serie de charlas mantenidas con él a lo largo de dos años, dos periodistas de larga trayectoria y conocimiento en los temas religiosos procuran desentrañar su pensamiento no sólo acerca de cuestiones religiosas, sino también sobre aquellas vinculadas al devenir de un país y un mundo turbulento.\*

- 
- - 
  - 
  - 
  -



ciudad. Hasta podría decirse que su figura está rodeada de cierto hálito de misterio. En base a una serie de charlas mantenidas con él a lo largo de dos años, dos periodistas de larga trayectoria y conocimiento en los temas religiosos procuran desentrañar su pensamiento no sólo acerca de cuestiones religiosas, sino también sobre aquellas vinculadas al devenir de un país y un mundo turbulento.

Autor: Sergio Rubín & Francesca Ambrogetti

Editorial: Ediciones B

ISBN: 9789501524987

**Sergio Rubin & Francesca Ambrogetti**  
**EL PAPA FRANCISCO**

**Conversaciones con Jorge Bergoglio**

ISBN 978 - 950 - 15 - 2498 - 7

Dirección editorial: Diana Paris

Producción: Soledad di Luca

Colaboró en la realización: María Montero

Foto de tapa: Eduardo Longoni

Diseño de portada e interior: Donagh - Matulich

El Jesuita

Sergio Rubin - Francesca Ambrogetti

1ra edición

© Sergio Rubin - Francesca Ambrogetti, 2010

© Ediciones B Argentina S.A., 2010 para el sello Javier Vergara Editor

Av. Paseo Colón 221, piso 6 - Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina w w w .edicionesb.com.ar

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.  
Libro de edición argentina.

## PRÓLOGO

HASTA donde mis conocimientos llegan al respecto, esta debe ser la primera vez que un rabino prologa un texto que compila los pensamientos de un sacerdote católico, en dos mil años de historia. Hecho que adquiere más relevancia aún cuando dicho sacerdote es el arzobispo de Buenos Aires, primado de la Argentina y cardenal consagrado por Juan Pablo II.

La misma frase con que se inician estas reflexiones, pero intercambiando el orden de los nombres y sus respectivos títulos, la he manifestado en ocasión de la presentación de un libro de mi autoría, en el 2006, prologado por el cardenal Bergoglio.

No se trata de una devolución de gentilezas, sino de un sincero y exacto testimonio de un profundo diálogo entre dos amigos para quienes la búsqueda de Dios y de la dimensión de espiritualidad que sabe yacer en todo humano, fue y es una preocupación constante en sus vidas.

El diálogo interreligioso, materia que adquirió especial relevancia a partir del Concilio Vaticano II, suele comenzar con una etapa de 'té y simpatía', para pasar luego a la del diálogo que sabe acercar a 'los temas rípidos'. Con Bergoglio no hubo etapas. El acercamiento comenzó con un intercambio de ácidas chanzas acerca de los equipos de fútbol con los que simpatizamos, para pasar inmediatamente a la franqueza del diálogo que sabe de la sinceridad y el respeto. Cada uno le expresaba al otro su visión particular acerca de los múltiples temas que conforman la existencia. No hubo cálculos ni eufemismos, sino conceptos claros, di-

rectos. El uno abrió su corazón al otro, tal como define el Midrash a la verdadera amistad (Sifrei Devarim, Piska 305). Podemos disentir, pero siempre el uno se esfuerza por comprender el profundo sentir y pensar del otro. Y con todo aquello que emerge

de nuestros valores comunes, los que surgen de los textos proféticos, hay un compromiso que supo plasmarse en múltiples acciones. Más allá de las interpretaciones y críticas que otros pudiesen hacer, caminamos juntos con nuestra verdad, con la compartida convicción que los círculos viciosos que degradan la condición humana pueden ser quebrados. Con la fe que el rumbo de la historia puede y debe ser trocado, que la visión bíblica de un mundo redimido, avizorado por los profetas, no es una mera utopía, sino una realidad alcanzable. Que sólo hace falta de gente comprometida para materializarla.

Este libro es el testimonio de vida de Bergoglio, que más que “El Jesuita” prefiero denominarlo “El Pastor”, que lega a los muchos con quienes compartió su senda existencial y especialmente a su grey. Hallará el lector en el mismo, en forma recurrente, las expresiones: “he pecado, ...me he equivocado,

...tales y cuales fueron mis defectos, ...el tiempo, la vida me han enseñado”. Aún en los temas ríspidos que hacen a la realidad argentina, a la actuación de la Iglesia en los años oscuros y a su propio accionar, percibirá el lector el relato expuesto con humildad y el constante afán por comprender y sentir al prójimo, especialmente al sufriente.

Habrá quien ha de discrepar con sus apreciaciones, pero más allá de toda crítica plausible todos coincidirán en la ponderación del plafón de humildad y comprensión con que encara cada uno de los temas.

La obsesión de Bergoglio, que cual leitmotiv va y viene en todo el libro, puede definirse con

los vocablos: encuentro y unidad. Entendiendo éste último como un estado de armonía entre los hombres, en el que cada uno desde su peculiaridad coopera para el crecimiento material y espiritual del otro, inspirado en un sentimiento de amor.

Bergoglio, siguiendo el texto bíblico, centra la base de sus reflexiones en el vocablo "amor", que nos remite, entre otros, a los versículos: "Amarás al Eterno Tu Dios" (Deuteronomio 6:

5), "Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Levítico 19: 18), "Amarás al extranjero como a ti mismo" (Levítico 19: 34). Considerados por el Rabi Akiva (Bereshit Raba, Ed.Vilna, Parashah

24) cual síntesis de todas las enseñanzas de la Tora, y citadas en tal sentido por Jesús, de acuerdo a los textos de los Evangelios (Mateo 22: 34 - 40, Lucas 10: 25 - 28). Es el vocablo que define al más excelso de los sentimientos del hombre, el cual le sirve como fuente de inspiración a Bergoglio en la realización de sus acciones y en la conformación de sus mensajes.

Hallará el lector en este texto la visión del cardenal referente a las problemáticas con que se enfrenta la Iglesia católica en el presente, detallando sin reserva alguna y con claro lenguaje crítico sus falencias. Del mismo modo cabe hallar su prédica por la recuperación de los

valores en nuestro medio, la que le conllevó a enfrentar situaciones complejas con algunas autoridades gubernamentales que no supieron relacionar la misma con los mensajes de crítica sociopolítica que solían expresar los profetas en su tiempo. El maestro en la fe, de

acuerdo a la cosmovisión bíblica, debe expresar su crítica a todos los miembros de la sociedad en la que predica,

desde la tribuna del espíritu, la que se encuentra alejada de todo interés partidario. Las falencias sociales que pudo percibir a través de su encuentro con Dios, no pueden permanecer silenciadas en su ser, como lo expresó el profeta: "El Señor, Dios, ha hablado.

¿Quién no ha de profetizar?" (Amós 3: 18).

En mi niñez, mi padre, inmigrante nacido en Polonia, solía llevarnos a mi hermano y a mí a visitar los lugares históricos patrios. Al salir del Cabildo nos hizo observar la imagen que se halla en el frontispicio de la Catedral. Representa el encuentro de José con sus hermanos, nos dijo. Había yo escuchado acerca de las manifestaciones de antisemitismo que habían sufrido mis ancestros en Polonia, por lo que aquella imagen, que coronaba una Iglesia me embargó de esperanza. Llegará un día, pensé, en que cada uno reconozca su hermandad con el prójimo.

Entiendo este libro y muchas de las historias que en él son testimoniadas, cual tributo a esa esperanza, que compartimos hermanadamente desde hace muchos años, que ha enriquecido nuestra espiritualidad y seguramente nos ha acercado a Aquél que ha insuflado el hálito de vida en cada humano.

Rabino Abraham Skorka

Buenos Aires, 23 de Diciembre de 2009.

## INTRODUCCIÓN

CUANDO Joseph Ratzinger fue elegido sucesor de Juan Pablo II y los periodistas acreditados se abocaron a reconstruir el cónclave, sabían que la tarea sería más que ardua, rayana con lo imposible. Tres juramentos de guardar el

secreto de lo que sucedió en la Capilla Sixtina por parte de los 117 cardenales electores, bajo pena de excomunión si se lo violaba, parecían un muro infranqueable. Aún así, uno de los vaticanistas mejor informados, Andrea Tornielli, del cotidiano italiano *Il Giornale*, escribió en un artículo publicado al día siguiente de producirse el anuncio solemne de la elección del nuevo pontífice —como también lo reveló simultáneamente el diario *Clarín*— que el jesuita argentino Jorge Mario Bergoglio había tenido una participación descollante. Tornielli —el periodista que, inicialmente, más abundó en detalles— aseguró que Bergoglio obtuvo en la segunda votación de las tres que hubo unos

40 sufragios, un caudal sin precedentes para un purpurado latinoamericano, colocándose inmediatamente después de Ratzinger, el más votado, a la postre Benedicto XVI.

Con el paso del tiempo, otros calificados observadores se hicieron eco de la misma versión. Entre ellos, Vittorio Messori (el periodista y escritor católico más traducido en las últimas décadas, autor del célebre libro *Cruzando el umbral de la esperanza*, una larga conversación con Juan Pablo II, además de otro similar, *Informe sobre la Fe*, con el entonces cardenal Ratzinger), quien señaló: “Es cierto que un cónclave es algo muy secreto, pero siempre algo se sabe. Todos coinciden en que en las primeras votaciones del cónclave, los cardenales Ratzinger y Bergoglio estuvieron prácticamente a la par”. Luego de aclarar que no es un vaticanista, sino un estudioso de los temas cristianos y, por lo tanto, no cuenta con información propia, Messori volvió a citar los “comentarios coincidentes” para decir que Bergoglio habría pedido a sus pares que sus votos se volcaran a Ratzinger, el candidato más firme, casi obligado. “Es que se valoraba haber sido la ‘mente teológica’ de Juan Pablo II, quien mejor representaba su continuidad”, completó.

Algunos observadores creen que las chances de Bergoglio crecieron sensiblemente desde que trascendió que otro jesuita, el gran exponente del ala progresista, el cardenal italiano Carlo María Martini, se autoexcluyó de la lista de candidatos por sus problemas de salud. No obstante, no puede perderse de vista que Martini siempre resultó demasiado progresista para los sectores conservadores, mayoritarios en el colegio cardenalicio, como para votarlo. También es cierto que ya a fines de 2002 el prestigioso vaticanista Sandro Magister había escrito en el relevante semanario italiano L'Espresso que, si en ese momento hubiera un cónclave, Bergoglio cosecharía "una avalancha de votos" que lo consagraría pontífice. "Tímido, esquivo, de pocas palabras, no mueve un dedo para hacerse campaña, pero justamente esto es considerado uno de sus grandes méritos", apuntó sobre el cardenal

argentino. Y redondeó: "Su austeridad y frugalidad, junto con su intensa dimensión espiritual, son datos que lo elevan cada vez más a su condición de 'papable'."

El pronóstico de Magister no resultó muy errado. Dicen los vaticanistas —Tornielli en primer lugar— que, tras la segunda votación, Bergoglio parecía abrumado por el creciente número de votos que estaba recibiendo. Y que, en ese momento, decidió dar el paso al costado y pedir que sus sufragios fueran a Ratzinger —quien desde el vamos contaba con más votos— por todo lo que éste encarnaba y para evitar que su candidatura bloqueara la elección y

provocara una dilación del cónclave que afectara la imagen de la Iglesia. Una demora podía leerse como un síntoma de desunión de los cardenales ante un mundo que los miraba con enorme expectación. De hecho, empinados miembros de la Santa Sede pronosticaban en los días previos a la elección que, si rápidamente no se elegía a Ratzinger, se corría el riesgo de ir a numerosas votaciones hasta

que otro cardenal consiguiera los dos tercios necesarios. Resulta comprensible, pues, que Bergoglio no quisiera cargar con tamaña responsabilidad. De todas maneras, para muchos analistas está claro que terminó teniendo un papel sobresaliente.

Ahora bien, ¿cómo explicar el “fenómeno Bergoglio”? Hay que remontarse, ante todo, al comienzo de este siglo, porque la figura del cardenal argentino era poco conocida entre los altos dignatarios eclesiásticos de los cinco continentes hasta que una circunstancia especial lo colocó en el centro de sus miradas allá por 2001. Más precisamente en torno al 11 de septiembre. El entonces arzobispo de Nueva York, cardenal Edward Egan, estaba en aquel momento en el Vaticano participando de un sínodo de obispos de todo el mundo y debió viajar a su ciudad para asistir a un homenaje a las víctimas del terrible atentado a las Torres

Gemelas, al cumplirse un mes. Su lugar como relator general de la asamblea, un puesto clave, fue ocupado por el cardenal Bergoglio, cuyo desempeño causó una excelente impresión.

Todos los observadores coinciden en que ese fue el punto de partida de su proyección internacional. Por lo pronto, fue el más votado entre los 252 padres sinodales de 118 países para integrar el consejo post sinodal en representación del continente americano.

El prestigio de Bergoglio volvería a confirmarse dos años después del cónclave, en ocasión de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y el Caribe celebrada en Aparecida, Brasil. Allí fue elegido por amplísima mayoría presidente de la estratégica comisión redactora del documento final, una responsabilidad por demás relevante si se tiene

en cuenta que en conferencias similares, como las efectuadas en 1969 en Medellín, Colombia, y 1979 en Pue-

bla, México, surgieron declaraciones de enorme trascendencia para el catolicismo de la región. No fue el único reconocimiento que Bergoglio cosechó en ese encuentro: el día que le tocó officiar la misa, su homilía suscitó un cerrado aplauso. Ningún otro celebrante fue aplaudido en la misma circunstancia a lo largo de las tres semanas que duró la conferencia. Testigos directos dicen que muchos participantes aprovechaban los descansos para conversar con el cardenal argentino y hasta fotografiarse con él como si fuera un famoso actor o un eximio deportista.

Con todo, cualquiera que haya visto a Bergoglio sabe que no es una figura glamorosa, del estilo que prefieren los programas televisivos. Ni es un orador grandilocuente, con dotes histriónicas, sino de tono más bien bajo, pero de contenido profundo. Además, hasta antes de ser designado obispo auxiliar de Buenos Aires, en 1992, cuando tenía 55 años, era un perfecto out sider en la Iglesia, no un sacerdote que venía ascendiendo en la pirámide eclesiástica, haciendo carrera.

En aquel tiempo se desempeñaba como confesor de la residencia de la Compañía de Jesús en Córdoba, adonde había sido destinado hacía casi dos años. Fue el entonces arzobispo de Buenos Aires, cardenal Antonio Quarracino, quien —atraído por sus condiciones— lo escogió como uno de sus principales colaboradores (uno de sus obispos auxiliares). Y un año después lo convirtió en el principal, al unirlo su vicario general. Cuando su salud comenzó a deteriorarse, lo impulsó como su sucesor (el Papa lo nombró arzobispo coadjutor con derecho

a sucesión). Al morir Quarracino, en 1998, Bergoglio se convirtió en el primer jesuita al frente de la curia porteña.

Por entonces, Bergoglio ya contaba con un gran ascendiente sobre el clero de la ciudad, sobre todo el más joven.

Gustaba su afable cercanía, su simpleza, su sabio consejo. Nada de eso cambiaría con su llegada al principal sillón de la arquidiócesis primada, sede cardenalicia. Habilitaría un teléfono directo para que los sacerdotes pudieran llamarlo a cualquier hora ante un problema. Seguiría pernoctando en alguna parroquia, asistiendo a un sacerdote enfermo, de ser necesario. Continuaría viajando en colectivo o en subterráneo y dejando de lado un auto con chofer. Rechazaría ir a vivir a la elegante residencia arzobispal de Olivos, cercana a la quinta de los presidentes, permaneciendo en su austero cuarto de la curia porteña. En fin, seguiría respondiendo personalmente los llamados, recibiendo a todo el mundo y anotando directamente él las audiencias y actividades en su rústica agenda de bolsillo. Y continuaría esquivando los eventos sociales y prefiriendo el simple traje oscuro con el clerigman a la sotana cardenalicia.

A propósito de su austeridad, cuentan que, cuando se anunció que sería creado cardenal, en

2001, no quiso comprar los atuendos de su nueva condición, sino adaptar los de su antecesor. Y que, ni bien se enteró de que algunos fieles proyectaban viajar a Roma para acompañarlo en la ceremonia en la que Juan Pablo II le entregaría los atributos de purpurado, los exhortó a que no lo hicieran y a que donaran el dinero del viaje a los pobres. Dicen también que en una de sus frecuentes visitas a las villas de emergencia de Buenos Aires, durante una charla con cientos de hombres de la parroquia de Nuestra Señora de Caacupé, en el asentamiento del barrio de Barracas, un albañil se levantó y le dijo conmovido: "Estoy orgulloso de usted, porque cuando venía para acá con mis compañeros en colectivo lo vi sentado en uno de los últimos asientos, como uno más; se lo dije a ellos, pero no me creyeron." Desde entonces, Bergoglio se ganó para siempre un lugar en el corazón de aquella gente humilde y sufrida. "Es que lo sentimos como uno de nosotros", explicaron.

Muchos recuerdan también por aquella época su gestión para detener la represión en Plaza de Mayo, durante el estallido social de diciembre de 2001. Fue cuando, al ver desde su ventana en la sede del arzobispado cómo la policía cargaba sobre una mujer, tomó el teléfono, llamó al ministro del Interior, pero fue atendido por el secretario de Seguridad, a quien le pidió que se diferenciara entre los activistas que producían desmanes y los simples ahorristas que reclamaban por sus dineros retenidos en los bancos. Eran los tiempos en que Bergoglio iba ascendiendo en la estructura eclesiástica nacional hasta que, en 2004, sería elegido presidente de la Conferencia Episcopal (fue reelegido en 2007), liderando una línea moderada, distante de los poderes y con marcada preocupación social, mayoritaria desde hacía ya un tiempo en una Iglesia de tradición conservadora. Una corriente que había sido muy crítica del neoliberalismo de los años noventa y las recetas del FMI y que siempre objetó el pago de la deuda externa sobre la base del sacrificio de los que menos tienen.

Es fácil detectar en los pronunciamientos de Bergoglio previos al colapso de principios de siglo su preocupación por el desenlace del deterioro de la situación del país.

Sus mensajes en los Tedeum del 25 de Mayo —que convirtió en una suerte de cátedra cívica de gran resonancia— fueron por demás elocuentes. Como aquél de 2000, cuando Fernando De la Rúa llevaba poco más de cinco meses como presidente, ocasión en la que dijo: “A veces

me pregunto si no marchamos, en ciertas circunstancias de la vida de nuestra sociedad, como un triste cortejo, y si no insistimos en ponerle una lápida a nuestra búsqueda como si camináramos a un destino inexorable, enhebrado de imposibles, y nos conformamos con pequeñas ilusiones desprovistas de esperanza. Debemos reconocer, con humil-

dad, que el sistema ha caído en un amplio cono de sombra: la sombra de la desconfianza, y que algunas promesas y enunciados suenan a cortejo fúnebre: todos consuelan a los deudos, pero nadie levanta al muerto.”

Pasado lo peor de la crisis, en el oficio patrio de 2003, delante de Néstor Kirchner, que horas antes había asumido la presidencia, llamó a todos a “ponerse la patria al hombro” para hacer grande al país.

Sin embargo, su homilía del Tedeum del año siguiente fue la que terminaría teniendo mayores consecuencias políticas. Entre otros muchos conceptos, Bergoglio destacó que los argentinos “somos prontos para la intolerancia”, criticó a “los que se sienten tan incluidos que excluyen a los demás, tan clarividentes que se han vuelto ciegos” y advirtió que “copiar el odio y la violencia del tirano y del asesino es la mejor forma de ser su heredero”. Al día siguiente, su entonces vocero, el presbítero Guillermo Marcó, aclaró que las palabras del arzobispo estaban dirigidas a toda la sociedad, incluido el Gobierno y la propia Iglesia y que, en todo caso, “al que le quepa el sayo, que se lo ponga”. Pero Kirchner se mostró muy molesto y decidió no asistir más a un Tedeum oficiado por Bergoglio. Y en un hecho sin precedentes en 200 años de historia argentina, trasladó el oficio patrio a capitales de provincia. Salvo un encuentro circunstancial —un homenaje a los religiosos palotinos masacrados durante la última dictadura— nunca más Kirchner y Bergoglio se vieron cara a cara.

A su vez, el cardenal fue el blanco —sobre todo en torno al cónclave que lo tenía como uno de los grandes papables— de una persistente denuncia periodística que lo acusaba de haber virtualmente “entregado” a dos sacerdotes de su orden que trabajaban en una villa de emergencia a un comando de la Marina durante la última dictadura mili-